

## EL DESARROLLO DE LA SEXUALIDAD

Plutarco Naranjo

Dos de las características fundamentales de la vida, en apariencia contrapuestas son: la tendencia a perpetuarse a través de la reproducción y la tendencia a diversificarse, a través de la variación, de la mutación.

La esencia de la reproducción sexual es la unión o fusión de núcleos que provienen de dos seres independientes. Cada uno aporta con su contenido cromosómico.

En los estados biológicos más primitivos, como en los peces, por ejemplo, ni siquiera es necesario el contacto de sexos. Macho y hembra descargan sus gametos o células sexuales, en el agua del mar o de los ríos y allí, externamente a los progenitores, se produce la fecundación. No obstante, a esta altura de la escala zoológica, existe ya un claro dimorfismo sexual definible no sólo en término de órganos primarios o gonadales sino también en términos bioquímicos. Mas aún, existe clara y definida división del trabajo entre el óvulo, la célula femenina que pasivamente flota en el agua y "espera" y el espermatozoide que, con su sistema motor, se moviliza ágilmente, "busca" y penetra en el óvulo para iniciar el proceso biológico que dará por resultado un nuevo individuo de la especie. La célula femenina, además, mientras madura, acumula substancias nutritivas que son indispensables para asegurar la supervivencia del nuevo ser, durante el tiempo en que todavía no pueda alimentarse por sí mismo.

### El apareamiento en los animales

En los siguientes estadios biológicos el sexo se desarrolla y se perfecciona. El dimorfismo se acentúa. Si se me permite la metáfora, el sexo invade el organismo. Su emergencia biológica determina, de modo muy marcado, períodos de la vida: infancia, pubertad, edad fértil y período improductivo. El sexo, con sus glándulas internas, forma parte integrante del sistema endocrino y es parte, incluso dominante o subordinante de otras funciones, por lo menos, durante la adolescencia.

Pero hay más todavía, el sexo invade el espíritu. Importantes aspectos de la conducta animal y en especial de la conducta humana, de la actividad afectiva e intelectual y sobre todo de la conducta social, están íntimamente relacionadas con la sexualidad.

El ser viviente es una unidad. En el proceso de la evolución biológica, al desarrollarse el sistema nervioso central se desarrolla la

capacidad emotiva y cognoscitiva, surge el sentido estético y se desarrollan las facultades intelectuales. Unas y otras, en su máxima expresión, pueden plasmarse en obras maestras del arte o del pensamiento en sus más variadas formas.

Las emociones y en general las funciones cerebrales no son independientes del resto de funciones biológicas, incluida la sexualidad. Cuerpo y espíritu se desarrollan, con características propias, en cada uno de los miembros de la pareja, pero también en términos de complementariedad, el uno en busca del otro.

En la mayoría de los mamíferos la hembra acepta al macho sólo en ciertas épocas, condicionadas por mecanismos puramente fisiológicos, relacionados con el funcionamiento de sus glándulas de secreción interna. La unión sexual culmina, casi invariablemente, con la fecundación. Cópula implica, por lo mismo, reproducción. La atracción que ejerce la hembra, salvo ciertas especies, no es a un macho en particular, por eso que en muchas especies animales, la posesión de la hembra exige, en forma previa, la lucha entre los machos, fenómeno que fue muy bien estudiado por Darwin.

Desde luego, éste no es el único modelo biológico de sexualidad. Hay especies animales, desde las aves en adelante, en las cuales hay un componente "emocional" más visible y a veces hasta espectacular, que incita al apareamiento. Se produce algún modo de ostentación ya sea por parte del macho o de la hembra o de ambos, recíprocamente. La hembra puede secretar ciertos olores o perfumes que se esparcen hasta a cientos de metros de distancia; las plumas, crestas u otras partes del cuerpo adquieren colores o brillos especiales, se produce el cortejamiento o galantería, las danzas rituales que pueden durar horas o días, sólo después de esta fase emotiva, se produce la cópula.

Pero también en estos casos el factor dominante y determinante es el estado hormonal de la hembra. Por lo regular, el macho está en capacidad permanente para aparearse, necesita sólo el estímulo de la hembra y éste se produce en cierto momento fisiológico de la vida de la hembra. Producido tal estímulo, es tan intenso, tan dominante que todas las fuerzas y funciones biológicas se ponen al servicio de la actividad sexual y "fatalmente" se realiza el apareamiento, el cual se repetirá, por parte de la hembra, sólo después de meses o años.

### La emancipación de la sexualidad

Cuando llegamos a la especie humana nos encontramos ante un panorama complejo, amplio, muy rico.

Primero, la capacidad permanente de aparearse ya no es exclusiva del macho, del hombre; lo es también de la mujer. Segundo, el período fértil, apto para la reproducción, está limitado a un corto tiempo, aproximadamente tres a cinco días, aunque se repite cada ciclo, es decir cada 28 a 30 días.

Estos dos hechos marcan un horizonte biológico completamente nuevo. El de la emancipación de la sexualidad, de la función reproductiva. La sexualidad se convierte en una función permanente y que sólo, de modo ocasional, se vincula con la reproducción. Más todavía, no hay signos evidentes de que la mujer atraiga al hombre más intensamente durante los pocos días fértiles, que durante el resto del ciclo. La atracción recíproca depende mucho menos del estado hormonal de la mujer que de factores psicológicos, sociales y de iniciativas que, en la actualidad, son tomadas más por el hombre. La unión sexual representa la culminación del proceso de atracción psicológica que puede manifestarse, según las culturas y temperamentos individuales, a través de frases de amor, besos, caricias, etc. La sexualidad adquiere especial relevancia en tanto que la fecundación pierde su carácter primario y prioritario.

Si esta modalidad comenzó con el Homo habilis hace más de tres millones de años o recién con el Homo sapiens sapiens, háñe cerca de cien mil años, no lo sabemos. Nuestra memoria histórica de tal acontecimiento biológico avanza apenas un poco más de seis mil a diez mil años atrás.

La satisfacción de cada necesidad biológica: beber agua fresca, cuando se siente sed, paladear los alimentos apetecidos, es gratificadora. Produce cierta satisfacción placentera. Pero ninguna llega al alto nivel gratificador que la satisfacción sexual. Debe ser placentera en todas las especies animales pero, como al igual que en muchos otros aspectos de la evolución biológica, llega a su grado máximo en la especie humana. Por lo general, no se trata de un acto puramente físico, está rodeado de un mundo de afectividad, de sentimientos, de atractivos a veces sutiles, de voluntad y pensamiento. La sexualidad rebasa, con mucho, los estrechos límites de lo fisiológico.

El principal distintivo del hombre, en relación a las demás especies animales, incluidos los antropoides superiores, es su gigantesco desarrollo cerebral y mental.

Si antes expresé que en los animales inferiores el sexo invadió la mente, ahora hay que decir que, en el hombre, la mente y las emociones lo invaden todo, incluso lo sexual.

El hombre se ha ido creando un mundo de emociones más que de razones. No come sólo por satisfacer una necesidad primaria, como es el hambre, cuanto para satisfacer el apetito; es decir ha educado el gusto para tener la sensación placentera en ciertos alimentos. No bebe sólo para satisfacer la sed. Trata de beber líquidos que le resulten agradables al gusto, al olfato, a la vista. Se ha creado un mundo de color, de imágenes, de formas o de armonías que a través de la vista y el oído han de gratificar al espíritu. El hombre busca cada vez mayores satisfacciones, busca aquello indefinible, la felicidad.

La sexualidad es parte inseparable de ese mundo de emociones y de vida espiritual, gratificante.

### Problemas y conflictos

Hasta aquí me he referido a algunos aspectos del desarrollo biológico armónico, de ese perfeccionamiento y ampliación de la sexualidad. Es tiempo ahora de mencionar algunos de los problemas y conflictos. El primero, es el de la represión sexual.

Sería largo entrar en la compleja telaraña de la historia biológica y sobre todo de mitos, principios religiosos y otros aspectos de la cultura que han convertido en tabú una parte del organismo y una función tan vital.

En las culturas judeo-cristianas la historia del proceso represivo tiene no menos de seis mil años de vigencia. Se ha plasmado en normas éticas y hasta legales. Ha generado un torrente de conflictos. En cambio, los intentos serios y sistemáticos de liberación, en especial de la mujer, no datan sino de unas pocas décadas atrás.

Tratar de desentrañar el misterio del porque las diferentes religiones han convertido una función que enorgullece a la especie humana, que le libra de la animalidad, en algo pecaminoso, desde su origen mismo, sería largo y ajeno a este momento.

El hombre, como ser consciente, puede proponerse finalidades, propósitos y metas. Como ser previsivo y dueño de voluntad, puede proponerse planes y realizarlos. La sexualidad no puede separarse de todo lo que

es vital. No es que el hombre viva para el sexo, pero el sexo es una realidad inocultable y que, además, enriquece la vida y le da mayores dimensiones.

En los animales el macho participa, en forma muy limitada, en la crianza de los descendientes. En la especie humana, el hombre asume conscientemente muchas más responsabilidades y las distintas leyes han consagrado este hecho. La paternidad es definitiva y para toda la vida.

A diferencia de las otras especies animales, el hombre y la mujer pueden seleccionarse mutuamente. Pueden enamorarse y constituir la pareja. Las normas sociales y derivando de ellas las leyes, han consagrado la unión, con las solemnidades del matrimonio, que se proyecta, además, hacia la formación y sustentación de la familia.

Pero en nuestra civilización el matrimonio rebasa lo biológico y lo síquico. Va más allá del mundo de ensueños y fantasías de los adolescentes. El matrimonio exige ciertas condiciones y responsabilidades económicas que se vuelven adecuadas y hasta eficientes, muy tardíamente cuando el hombre tiene ya una posición de trabajo estable y suficientemente rentable. Mientras tanto se ha arrastrado un desfase, una desarmonía entre lo biológico y lo económico-social. La "madurez" económica llega demasiado tarde, cuando ya han surgido ciertos conflictos que pueden ocasionar muchos traumas prematuros, en lo personal y graves problemas, en lo social, que pueden invadir hasta el campo de la delincuencia.

La madurez sexual en la especie humana, antecede con varios años a la madurez general. En el hombre la pubertad se produce entre los 13 y 15 años y se considera que la plena madurez biológica se alcanza recién alrededor de los 25 años de edad. En la mujer los dos estadios se producen con uno o dos años de anticipación.

La compulsión sexual es más intensa en el hombre, desde la misma pubertad. Si ella depende sólo de factores biológicos ancestrales en el sentido filogenético, socio-culturales, es difícil entrar a discriminar. El hecho es que el hombre asume el papel activo, es el que busca a la pareja. Esa compulsión le lleva, de cualquier manera, a la realización sexual a menos que los principios religiosos sean tan poderosos o la represión síquica, con todo su concierto de temores, sea más fuerte que su naturaleza biológica. Es difícil, casi imposible, exigir y conseguir que el joven, en plena efervescencia vital, reprima su sexualidad por cinco o más años,

*hasta el matrimonio.*

En las culturas primitivas y en tiempos bíblicos las condiciones

sociales eran diferentes y el matrimonio se efectuaba en edades muy tempranas. Había poco margen para los conflictos anotados antes.

Tampoco puedo entrar en el análisis de por qué la represión ha sido más intensa y efectiva en la mujer que en el hombre. En los siglos anteriores esa represión ha sido causa de profundos conflictos femeninos, de epidemias de histeria, tal como ha sido ampliamente descrito por Freud y sus discípulos.

En esta época de liberación femenina surgen preguntas que más que interrogantes son airadas protestas: ¿Por qué las sociedades y aun de ideologías contrapuestas han consagrado por igual, un patrón o código moral distinto para el comportamiento sexual del hombre y de la mujer?. ¿Por qué ese código, en cuanto a la fidelidad conyugal se refiere, es tan liberal y permisible para con el hombre y tan cerrado y severo para con la mujer?. ¿Por qué ha de ser la mujer la que siempre espera y no la que toma la iniciativa?.

Y yendo gaea extremos un tanto inconcebibles, como aparecen en ciertas publicaciones "feministas", por qué ha de ser sólo la mujer la que "cargue" con el peso del embarazo, el bíblico dolor del parto, la lactancia y más condiciones relacionadas con la maternidad?. ¿Por qué no el hombre?. Discutir estos temas nos llevaría muy lejos.

### La racionalización de la sexualidad

Este intrincado panorama proviene de algunas raíces biológicas y de otras superimpuestas por condiciones sociales, económicas y religiosas. Lo importante a esta altura del siglo XX es racionalizar el proceso de la sexualidad; buscar formas de atenuar aquellas desarmonías anotadas antes, particularmente las que dependen de condiciones sociales y económicas. buscar salidas racionales a los conflictos. Borrar el estigma que pesa sobre una parte del organismo y de la vida física y espiritual del hombre y la mujer. El camino es largo, implica cambios sociales, culturales y un proceso de educación a lo largo de varias generaciones. Educación que debe comenzar por el niño ante quien se han de tratar los asuntos relacionados con la sexualidad con la misma naturalidad que aquellos que atañen a la alimentación o la digestión o la respiración. No es indispensable entrar en detalles de la vida sexual así como no es necesario, con el niño, tratar la intimidad del peristaltismo intestinal o de las secreciones del estómago. Hay que evitar, eso sí que surgan en el niño, motivos de una curiosidad más ída que puede culminar en el conflicto e en el campo patológico.

Los progresos científicos y tecnológicos permiten hoy la práctica de la maternidad deseada. La maternidad va dejando de ser una función excluyente de otras y absorbente de todas las energías y potencialidades femeninas. La mujer, en los días que corremos, puede compartir el tiempo entre su función maternal y otras actividades social y económicamente productivas y creativas. En concordancia con sus capacidades y habilidades la mujer puede y debe participar de la vida cultural, en su sentido más amplio.

Vivimos una época de transición. Unos se aferran al pasado y a normas que se vuelven anacrónicas. Otros exigen cambios acelerados, cuando no violentos. Se requiere crear consciencia de la evolución que se ha operado y curiosamente esa concientización es más urgente en las propias mujeres.

Por lo demás alegrémonos que la naturaleza nos haya hecho hombre y mujer, cada uno con sus propias virtualidades y capacidades. Hombre y mujer se completan en la pareja humana. La apropiada división del trabajo contribuye a la armonía conyugal. En lo biológico enorgullecámonos cada uno de ser hombre o mujer y en lo social, económico, cultural y legal, tratemos de suprimir viejos prejuicios e injusticias y contribuyamos todos a un mundo de equidad de justicia, de armonía.